



ra ella igual cantidad de agua que para el diluvio de Noé.

Por lo demás, Voltaire se contradijo bien pronto, pues dice que Beroso había probablemente encontrado en los antiguos libros caldeos la inundación del Ponto-Euxino, y que de los mismos la tomaron los judíos. Luego estos y Beroso, por confesión del crítico, han hablado de un mismo suceso y de un mismo diluvio. Este es aquel cuya tradición se halla extendida por todos los pueblos de la tierra, como queda probado al principio de este relato.

«Los incrédulos, que todo lo niegan (añade Voltaire, expresando su sentencia con nombre ajeno), niegan también el diluvio con el pretexto de que en realidad jamás han existido, ni las fuentes del grande abismo, ni las cataratas de los cielos; mas entonces se las creía, y los judíos habían tomado estas groseras ideas de los sirios, caldeos y egipcios.»

Pero ¿a quién persuadirá Voltaire que estos pueblos se habían figurado que el abismo de los mares procedía de unas fuentes, ó que en el cielo hubiese presas, esclusas ó paradas como las que se hacen en los ríos? Todos ellos sabían que en el tiempo del diluvio, las aguas encerradas en las cavernas subterráneas que comunicaban con el fondo de los mares, saltaron por las hendiduras de la tierra conmovida y trastornada, viniendo á cubrir su superficie (1). Saliendo ellas afuera de este modo, las llamaron *cataratas del grande abismo*. Igualmente dieron el nombre de *cataratas* al agua que cayó de las nubes, no ya á la manera de la lluvia ordinaria, sino á torrentes, por la semejanza de su caída violenta con la de un río precipitado de lo alto de una roca ó que rompe sus diques. Los judíos en los doscientos años que estuvieron en Egipto habían visto las *cataratas* del Nilo, del cual todo el mundo sabe que saliendo de la Etiopía para bajar al Egipto, precipita sus aguas por muchas rocas á manera de cascadas con espantoso ruido; y esto es lo que los egipcios llaman *las cataratas del Nilo*. Moisés y los antiguos pueblos acostumbraron usar del nombre de las cosas que les eran familiares, para expresar este suceso, único y singular, cuyos efectos tenían alguna semejanza con objetos que les eran ya conocidos. ¿No hacemos otro tanto en nuestros días? ¿no decimos *llueve á chorros, á cántaros*? Sin embargo, no por eso creemos que en el aire haya

(1) El que puso al mar su término, y una ley á las aguas para que no pasasen sus confines, pudo hacer que sumergiesen entonces é inundasen toda la tierra. (Prov. VIII, 27, 28).—P.

ni cántaros ni caños por donde el agua venga á nuestro suelo. Los archipiélagos, sembrados de innumerables islas, las costas tajadas, los promontorios escarpados y los mares interiores son unos monumentos auténticos de que la superficie de la tierra ha sido quebrantada en otros tiempos y sumergida en parte por las aguas que saltaron por sus hendiduras.

Y no se nos diga que el mar no tiene en general más de mil piés de profundidad. Entre una cavidad tan pequeña y la solidez de un globo que tiene tres mil leguas (francesas) de diámetro, no habría en tal caso ninguna proporción. Es, pues, un absurdo suponer que para cubrir los montes fueran necesarios muchos océanos, y ridículo sobremano el querer calcular la cantidad de aguas que se hallan enrarecidas y suspensas en la atmósfera (1). «El hombre, dice un físico muy juicioso, que sabe medir sus tierras y un tonel de vino y aceite, no ha recibido cala ninguna con que medir la atmósfera, ni escandallo para sondear la profundidad del abismo. ¿A qué viene la manía de querer calcular las aguas del mar, cuya extensión y fondo se ignoran? Y de su insuficiencia para producir un diluvio, ¿qué es lo que podrá concluirse, cuando en el cielo hay una masa de ellas tal vez mayor y mucho más abundante?»

Nuestros filósofos modernos suponen que el mar es el que ha formado los montes y los ha petrificado con el acumulamiento de las conchas hasta sus cumbres. Lindamente: pues así lo quieren. Luego cuando el mar estaba haciendo esta operación sobre el *Mont-Blanc*, que tiene dos mil cuatrocientas toesas sobre el nivel del mar; y sobre el Chimborazo, que tiene tres mil doscientas veinte, y se reputa por el monte más alto de la tierra, ¿quién podrá creer que el mar no tenía más de mil piés de profundidad? ¿No es bien extraño que estos calculadores, que encuentran bastantes aguas en la naturaleza para levantar en su seno montes tan encumbrados, no las encuentren para que el diluvio pudiese sumergirlos?

El autor de los *Estudios de la naturaleza* (tomo I) ha demostrado que el deshielo de las aguas congeladas en los dos polos y las que cubren las altas cordilleras de montes en las partes elevadas del mundo, proveería casi bastante cantidad de ellas para inundar todo el globo. Con mucha más razón si á esto se agre-

(1) La virtud y poder de Dios, que concedió á la tierra, y aún concede, que pudiese y pueda librarse de tanta abundancia de aguas, las pudo enviar sobre ella. (Véase el P. Scío, Ps. CIII, 6, 7).—P.



gan las aguas de todo el mar, cuya extensión es mucho mayor que la de los continentes, y todas las que se hallan suspensas en el aire.

Las observaciones de Mr. Mairan sobre las *auroras boreales*, nos convencen que en ellas se contienen aguas más que suficientes para cubrir toda la tierra hasta en los montes más encumbrados que conocemos. Este gran físico astrónomo, por la paralaje de estas *auroras*, ha calculado que los vapores que las forman están por lo ménos á quinientas leguas de altura perpendicular sobre la superficie de la tierra. ¿Cuál será, pues, y cuán prodigioso su fondo, puesto que con la vista desnuda, no solamente las discernimos por el color que las comunica la refracción de los rayos solares, sino que vemos también su inconcebible agitación y las inmensas olas que los vientos levantan en ellas? Si no son tan densas como las nubes ordinarias, se les acercan mucho en cuanto á lo que por la simple vista nos parece. A lo ménos no puede dudarse que presentan la misma densidad que notamos en las nubes que quedan después de la lluvia y cuando ya el cielo se esclarece. Esta casi igualdad de la densidad de las *auroras* con la de las nubes, no es más que aparente; pues estando á quinientas leguas de altura sobre nosotros, es consiguiente que hallándose las nubes después de la lluvia á unas dos leguas con corta diferencia de nuestra superficie, deberá ser la densidad de las *auroras* con respecto á la de estas nubes en razón inversa de quinientos á dos *por lo ménos*; porque cuanto más densos son estos cuerpos atmosféricos, tanto más inmediatos están á la tierra; y cuanto son más raros, tanto más se elevan. Y nótese que hemos dicho *por lo ménos*; pues si el cálculo de la proporción se forma por las leyes de la gravedad, que en razón directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias, resultará que la densidad de dichas nubes es la de las *auroras boreales* como sesenta y dos mil quinientas á una.—Véase, pues, cuál deberá ser la profundidad de estas *auroras* para poder presentar á nuestra vista la apariencia de una densidad como la de las nubes, que distan dos leguas de nosotros. Abandonemos á los físicos instruidos el calcular este prodigiosísimo fondo, y bástenos indicar que el anillo esférico que encierra estas *auroras*, contiene inmensamente más aguas de las que se necesitan para inundar todo el globo. Sin recurrir, pues, á una nueva creación, cual pide Voltaire, hallamos en las causas indicadas por Moisés (*las fuentes del grande abismo* y *las cataratas del cielo*) aguas bastantísimas para el diluvio: el abismo de los mares, los deshielos,

las cavidades subterráneas por una parte, y los vapores atmosféricos ó los receptáculos superiores que forman la atmósfera por otra, nos ofrecen muchas más de las que hemos menester para explicar esta universal inundación.

Puede asimismo demostrarse la posibilidad del diluvio universal, sin más aguas que las del *grande abismo*, por medio de una máquina muy sencilla. El abate Le-Brun, maestro de pajes de la reina de Francia, nos ha presentado á la vista una imagen muy perceptible de este gran desastre de nuestros mayores, que cubrió de un luto general á toda la naturaleza. Este ingenioso físico pensó que la elevación de las aguas que cubrieron la tierra, pudo ser un mero efecto de la fuerza centrífuga llevada hasta cierto grado; y que con solo el movimiento de turbina impreso á la tierra, habiéndola hecho dar vueltas con una velocidad acelerada, debieron las aguas abandonar el grande abismo y ascender contra su propia gravedad. La experiencia ha confirmado sus conjeturas. Tomó un globo de tierra, armado de válvulas y encerrado concéntricamente en otro de cristal. El de tierra lo había llenado de agua, y cerrado la abertura hecha en el de cristal; y luego por medio de una manecilla dió al globo interior un ligero movimiento de rotación, y el agua no sobrepujó la barrera de las válvulas. Mas apenas el movimiento fué con una velocidad acelerada, al instante la masa del agua forzó las válvulas que estaban pegadas á la superficie del globo terrestre, y escapó con gran violencia, llenando toda la capacidad del de cristal. De este modo el primero quedó todo cubierto de sus propias aguas. Cesó la agitación y el agua volvió á su receptáculo, como hasta el horizonte del globo, y se puso en nivel consigo misma. Hé aquí, pues, según el abate Le-Brun, un esquiso ó bosquejo de la causa del diluvio, y una demostración de la conformidad del hecho referido por Moisés con las leyes de la naturaleza, y juntamente una palpable refutación de los notorios errores de Burnet, Wisthon, Woodward, etc. Y no se nos objete que si por el movimiento de turbina impreso á nuestro globo con gran velocidad subieron las aguas contra su propia gravedad, sería también preciso admitir que los animales y otros seres habrían sido expelidos y arrojados por el mismo movimiento á una altura y distancia mayor ó menor en razón inversa de su pesadez; pues este efecto está muy conforme con lo que se ha observado y observa todos los días en los varios cuerpos marinos que se hallan en los continentes á largas distancias del lugar de su origen, y trasportados de uno





á otro hemisferio; de manera que en ello tenemos una nueva prueba á favor de la explicación dada por el citado Mr. Le-Brun, y una clara razón de cómo semejantes cuerpos han podido venir á parar en parajes tan remotos de los suyos, situarse en tan varios lugares y aun en los montes más elevados. De todos modos, esta explicación nos dice mucho más de lo que los incrédulos querrian que dijese, y deja al mismo tiempo en toda su fuerza y valor los demás recursos que hemos indicado para dar razón de la general inundación de la tierra, con los cuales no puede quedarnos la menor duda de su posibilidad, tan impugnada por nuestros filósofos.

«La palabra sola *diluvio*, dice Valmont, expresa el mayor aluvion que ha cubierto la tierra; el que desordenó la primitiva armonía ó más bien la estructura del antiguo mundo; el que por una causa extraordinaria, de las más violentas, ha producido los efectos más terribles, trastornando la tierra, conmoviendo y allanando los montes, dispersando por el globo á tongadas cuanto habita en los mares; y el que por fin sembró hasta en sus entrañas los monumentos extraños que encontramos en ellas, etc.»

El autor anónimo de un pequeño cuaderno intitulado *Ilustraciones sobre el pecado original*, dice: «Vi pocos años hace una borrasca que duró solas cuatro horas, y causó tal inundación, que hasta los torrentes secos salieron de madre á más de una legua; árboles grandes arrancados de raíz nadaban al través de las campiñas. Si esta borrasca hubiera sido universal, ¿cuál fuera su resultado? Cada uno puede imaginárselo. Mucha diferencia hay entre cuatro y aun veinticuatro horas, y entre cuarenta veces veinticuatro, que son los cuarenta días que llovió en el diluvio. Y ¿cuánta no hay entre una borrasca, y las cataratas del cielo abiertas? Si por un caño saliese un pulgar cúbico de agua, subiría ella en una hora á veinticuatro piés; y en veinticuatro horas á noventa y seis toesas. Si el pulgar de agua se divide en pequeñas columnas ó hilos por la extensión de un pié, apenas resultará igual á una lluvia de borrasca: y noventa y seis toesas cúbicas de agua en veinticuatro horas la harían subir á tres mil ochocientos cuarenta toesas en cuarenta días, lo cual basta y aun sobra para levantarla á quince codos sobre los montes más encumbrados.»

Pero el diluvio de Noé no ha sido solamente como una borrasca que deja caer las aguas á torrentes, sino también como un mar supe-

rior á todos los mares juntos, el cual se desploma sobre la tierra criminal rompiendo todos sus diques; es la obra de un Dios irritado que abre esos inmensos depósitos de aguas, reservadas desde un principio por su omnipotencia para hacerlas un día ministros de sus venganzas. Con este tan triste, aunque justísimo objeto, caen precipitadas desde los aires, cubren con sus olas nuestras llanuras, redoblan sus furores, hacen levantar la superficie de los mares, y añaden aguas y elevación á su inmensidad; los collados se sepultan bajo las olas, y no por eso se agotan las fuentes del abismo; ellas amenazan aun á los más encumbrados montes; crecen sus avenidas, apenas se ven ya de la tierra sino las cimas más inaccesibles; y aun estas al fin tienen que inclinar su cerviz erguida, y humillarse quince codos bajo las aguas del inmenso Océano que deja inundada toda la tierra. ¿Quién podrá describir ni aun imaginar los resultados desastrosos, y los horribles estragos de semejante inundación? ¿Qué de torrentes sin número se forman á la vez en esta catástrofe! ¿Qué multitud de terrenos arrebatados á los collados, traspasados á las llanuras, arrastrados á los rios, y al fin sepultados en los mares! En una parte se espacian las riberas, en otra desaparecen; acá se presentan lagos extensos que han sucedido á los bellos y anchurosos campos; allá los montes, despojados del cimientó que los afirmaba y unía, se desploman sobre la tierra; acullá las tierras, encontrando con obstáculos, se amontonan y forman nuevas y jamás vistas alturas; otras pueden vencerlos, y vienen rodando á llenar los antiguos abismos.

Por todas partes las aguas oprimen la tierra con el peso de una columna de millares de toesas de elevación; un flujo y reflujo no interrumpido las tiene por doquiera en una agitación continua. Su retirada no es la de un mar que va lentamente escavando por debajo de un nuevo terreno, despues de haber allanado sus primeras costas; sino la de un viento impetuoso, que agitándolas con furor por todos lados, viene de parte de Dios para desecar la tierra: *Adduxit spiritum super terram, et imminuta sunt aquæ* (1). Si las aguas abandonan las cumbres, á las cuales habian antes batido, es para batirlas de nuevo y arrebatárselas nuevas ruinas: *Reservo sunt aquæ euntes et redeuntes* (2). Estas palabras de Moisés indican por sí

(1) *Hizo (Dios) venir viento sobre la tierra, y se disminuyeron las aguas.*—P.

(2) *Se retiraron las aguas de la tierra yendo y volviendo; se replegaron otra vez en su abismo subter-*



solas un trastorno universal, que la imaginación no podía figurarse. Este flujo y reflujo, redoblados con la impetuosidad de los vientos, bastan para producir estragos á los cuales no alcanzan las avenidas más violentas. La retirada de las aguas, tan fuerte y precipitada como lo habia sido su inundación, lejos de allanar los terrenos por donde pasan, no dejará por todas partes sino la desolación y el horror.

Representémosnos el momento en que las aguas acaban de desaparecer de la faz de la tierra. ¡Qué espectáculo tan horroroso para la vista! ¡cuántas de las antiguas cumbres habrían desaparecido! ¡qué de nuevas alturas se presentarían! ¡cuántas barreras destruidas por las aguas! ¡cuántos estrechos abiertos! ¡qué de islas separadas de su primer continente! ¡cuántas nuevas regiones conquistadas á los primeros mares, obligados á retirarse de sus riberas por los inmensos despojos conducidos á su antiguo seno!

Miremos esa innumerable multitud de valles estrechados de rocas cortadas perpendicularmente ó de escarpadas alturas, las cuales van formando ángulos salientes y entrantes, y dan á estos valles la figura de la corriente de un rio. Tales, como estos, nos los presentan las cuatro partes del mundo. Así Tournefort, examinando el canal de Constantinopla, ha juzgado que le ha formado alguna salida violenta del Ponto-Euxino al Mediterráneo, y otros observadores han formado el mismo juicio que él. Según la antigua tradición de la Grecia, el rio Peneo, hinchado con las aguas de las lluvias, traspasó los límites de su cauce y hondonada, separó el monte Ossa del Olimpo, y se hizo paso para meterse en el mar. Herodoto, deseando ilustrar este hecho, fué á visitar los sitios mismos, y al verlos se convenció de la verdad de esta tradición. Asimismo en la Beocia el rio Colpias hizo en los tiempos antiguos una rotura al monte Ptoe, y por un hundimiento de tierras se proporcionó embocadero. Wheler, viajero de mucha inteligencia, ha reconocido, estando á la vista de aquel lugar, que la cosa debió ser así. No ignoramos que las fábulas griegas atribuían á Hércules los trabajos de la naturaleza. Él, según los poetas, era el que habia separado el Calpe y el Abila, que son los montes que forman el estrecho de Gibraltar, introduciendo en el Mediterráneo las aguas del Océano.

Pero ni la historia ni la fábula han podido

ráneo, y se pusieron playas al mar, y riberas á los rios, para que se contuviesen dentro de sus términos: con todo, ¡cuántos estragos no debió causar esta retirada!—P.

determinar la data de estos sucesos; la Escritura sola nos enseña cuál ha sido la gran revolución que pudo producirlos. En todos los países del mundo, especialmente en las cordilleras de los montes, se encuentran algunos de estos valles estrechos y tortuosos, guarnecidos de rocas por ambos lados. Luego las aguas trabajaron uniformemente por toda la tierra, y estos efectos son de mucha consideración para que podamos atribuirlos á diluvios particulares. Mr. de Buffon atribuye la formación de estos valles estrechos, profundos y escarpados á algun hundimiento de tierras verificado por ambos lados. Pero este hundimiento no ha podido hacerse sino por la acción violenta de las aguas en toda la tierra; y pues el mismo fenómeno se encuentra en las cuatro partes de ella, es claro que solo pudo producirle un diluvio universal.

La memoria de esta gran catástrofe debió conservarse por muchos tiempos entre los hombres. Los despojos del Océano, dispersos por todo el globo, anunciarán en todos tiempos á los descendientes de Noé la inundación espantosa que allí los condujo. Desde las cumbres de los montes más elevados hasta la superficie de las llanuras; en lo interior de los nuevos collados y en los subterráneos más profundos; los peces petrificados, las conchas; madreporas (1), arenas trasportadas y las demás producciones marinas de varias especies, renovarán siempre la memoria de los crímenes de la tierra, abandonada en castigo al furor de las aguas.

Es constante que muchos peces y animales testáceos buscan las costas, y como el diluvio los dejó por mucho tiempo sin ellas, se extendieron por toda la tierra, conducidos también á diferentes partes por la violencia de las olas. Así es que se hallaron mezclados y confundidos con las materias que las aguas habian desleído y que con el tiempo se endurecieron.

Muchas de las producciones terrestres arrebatadas por las aguas, sobre las cuales fueron nadando, quedarían al fin del diluvio muy lejos de su suelo nativo; su figura, grabada en el cieno que luego se petrificó, no engañará al observador que sinceramente amigo de lo verdadero, lo prefiera á los sistemas aéreos que carecen de fundamento y verosimilitud.

Si los hombres ó las bestias acosados de las aguas del diluvio se retiraron á las cavernas, donde sus huesos petrificados se encuentran confundidos con las materias que vinieron á

(1) Son unos cuerpos marinos de consistencia de piedra, que se parecen á un arbusto lleno de agujeritos, que suelen ser de diferentes figuras.—P.





caer sobre ellos; si otros huyeron ó fueron más bien trasportados á regiones distantes de las que los vieron nacer; si en la Gran Bretaña se encuentran sepultados elefantes de Asia y Africa, y en la Alemania los cocodrilos del Nilo; si huesos de los peces de América y esqueletos de ballena se hallan en las arenas de nuestro continente; y en una palabra, si por todas partes se nos presentan hojas, plantas, frutos, que desconocemos ó que pertenecen á climas muy remotos del nuestro, etc., etc.; todos estos descubrimientos no sirven sino para hacer más evidente la inundacion general.

La superficie de la tierra tambien nos presenta por todas partes capas ya ligeras, ya más fuertes y macizas, cuya disposicion horizontal, ó más horizontal que perpendicular, nos recuerda el efecto natural de las aguas que las condujeron ó depositaron; siendo fofas ó macizas á proporcion de la menor ó mayor resistencia que opusieron á las corrientes.

La época de este suceso tan terrible fijará tambien la de muchos volcanes que en otros tiempos hicieron estragos en el globo. Una gran parte del azufre, betun, óleos terrestres y demás materias inflamables que se hallan por todas partes, lo conducirían las aguas al seno de los montes; ellas comenzarían á fermentar en estos depósitos cuando las aguas de la superficie no habian dejado salir aun á la que se introdujo por las cavernas. Cónstanos cuántos combates forman entre sí las aguas mezcladas con las materias espirituosas (1). Los volcanes de Alvernia y del Vivaré, y los de otras muchas partes y de diferentes países, pudieron muy bien haberse inflamado en el tiempo de aquel desastre, luego que, rebajadas las aguas, sólo quedó de ellas la cantidad necesaria para verificarse la fermentacion. No por eso negamos que muchos volcanes pudieran arder en tiempos más próximos á los nuestros. No faltan pruebas de que los del Vivaré ardian aun con fuerza hácia el siglo IV de nuestra era.

Se nos preguntará tal vez, ¿si puede atribuirse tambien al diluvio toda la materia caliza que hay en nuestros continentes? A esta pregunta respondemos: 1.º, que son muchas las materias y montañas calizas que hay sin apariencia de petrificacion alguna, para que podamos creer que todas ellas proceden de los depósitos del mar. Mr. Pallas, viendo cordilleras, todas de montes calizos sin petrificacion, lejos

(1) Parece quiere decir: *inflamables*, derivado de pira ú hoguera; esta ordinariamente se encendia antiguamente para quemar los cuerpos de los difuntos, y para las victimas de los sacrificios.—P.

de atribuirlos á la permanencia de las aguas, cree que las calcinó el fuego de los volcanes. Tan incierto es que solo el mar pueda producir montes de esta especie; 2.º, no por eso nos opondremos á que el mar produzca tambien estas materias. Pero no inferiremos de ahí que Dios en un principio no crió mármoles, ni alabastros, ni piedras de sillería, ni yeso, ni marga, ni greda. Las sucesivas y lentas operaciones que los geólogos de nuestros tiempos, inconstantes en sus opiniones y llenos de contradicciones consigo mismos, han requerido para la gradual formacion de todas estas cosas, pudieran en todo caso servirnos de muestra de lo que es el ingenio del hombre, y la osada valentia de sus meditaciones; mas nunca serán una ley, á la cual pretendan con razon sujetar al Ser Supremo que crió las obras de su omnipotente diestra, cuando quiso como quiso, y en el grado y disposicion que quiso. Tambien estamos persuadidos de que desde el origen del mundo la superficie del globo ha estado compuesta de vetas ó capas de desigual gravedad, puesto que en todos los sistemas posibles es difícil de creer que antes de la inundacion general estuviesen confundidas todas las materias, de modo que no pudiese hacerse su separacion sino por las extensas capas que fué dejando el diluvio. Y aun en esta suposicion de ser ellas debidas á la gran catástrofe de la tierra, es preciso convenir que ya las habia antes, pues á no ser así, es muy probable que conservarían las materias su antigua confusion. El diluvio pudo trastornar su orden, poner abajo las que estaban arriba, y mezclarse con otras capas venidas de una region distante; pero ¿cómo hubiera depositado, por ejemplo, el casquiijo sobre la marga, la arena sobre la arcilla, etc., si no las hubiese hallado dispuestas ya en capas unas sobre otras? 3.º Antes del diluvio las aguas del Océano pudieron ocupar un lecho distinto del que ahora tienen. Tal vez estaban más divididas en medio de los continentes. Durante su permanencia de más de mil seiscientos años, antes del diluvio, producirían una infinidad de estas conchas que se encuentran hoy dia encerradas en lo interior de los montes; 4.º, hállanse canteras calizas, en las cuales solo encontramos pequenísimas conchas fluviales; parece, pues, que las aguas de los rios, lagos, estanques, pantanos, habrán depositado en diferentes partes materias calizas, así antes como despues del diluvio.

Mírense las regiones desiertas ó poco cultivadas; no se verán en ellas sino bosques antiquísimos y aguas estancadas; los marjales son allí más comunes, las avenidas más frecuentes,



y las conchas se multiplican con más facilidad. Este ha sido por mucho tiempo el estado de una gran parte de la tierra. Pero apenas se presentan las artes en semejantes regiones, la corriente de los rios se estrecha, los marjales desaparecen, las tierras se desecan, y halla el hombre arenas, tierras de labor, canteras llenas de conchas, que las aguas permanentes habian producido allí. Las del diluvio, al retirarse, dejaron indudablemente en varias partes lagos y pantanos, en los cuales pudieron por muchos tiempos multiplicarse las producciones marinas. Todas estas causas unidas, nos parecen bastantes para explicar el origen de la multitud de conchas y mariscos petrificados, que aun hoy dia forman en muchas partes bancos muy profundos y de una extension asombrosa. Y ¿quién podrá sondear los vastos abismos del Océano para juzgar bien de lo que en él se encierra, especialmente en algunas playas, donde los peces con concha se reúnen en mayor cantidad, segun que más conviene á su especie? Segun M. de Bomare, hay entre ellos algunos á los cuales podemos llamar *viajeros*, á quienes con ocasion de alguna tempestad suele el mar conducir y depositar con abundancia en riberas muy lejanas. Si este efecto producen las tempestades, ¿cuál debió producir el diluvio? Finalmente, lo que demuestra con toda claridad que las conchas y demás cuerpos marinos que tan copiosamente suelen hallarse en los continentes, no han sido efecto de la permanencia del mar en ellos por largos siglos, sino solamente del diluvio, es que ninguno de estos cuerpos se encuentra en lo interior de los montes primitivos y antidiluvianos. «Por más diligencias que hemos hecho, dice este autor, en las cumbres de los Alpes y Pirineos, cavando y escarbando en ellos, no hemos podido hallarlos sino en los lados y en la base... Todos los montes primitivos nos dan pruebas de esta asercion.»

Podemos, por consiguiente, asegurar, y acabamos de demostrarlo, que todo cuanto puede servir para probar que la tierra ha estado en algun tiempo bajo el imperio de las aguas, se explica muy naturalmente por el diluvio cual le refiere Moisés; y Mr. de Buffon, y otros modernos físicos muy inferiores á Buffon en el ingenio y en los talentos, hubieran podido con gran razon haber desestimado los vanos sistemas imaginados por ellos mismos para encontrar la verdadera causa de esta gran revolucion.

Hemos probado en nuestras *observaciones preliminares*, que, ni las aguas, ni las corrientes del mar, han podido formar los montes; que

el pretendido movimiento del mar de Oriente á Poniente es del todo falso; y por consiguiente, que las aguas del Océano no han ido morando sucesivamente por espacio de muchos siglos en los dos hemisferios.

Vamos á demostrar aún que los demás sistemas, que tienen alguna relacion con estos ruinosos principios, sin exceptuar el de Mr. Buffon, no son más que suposiciones arbitrarias, contrarias frecuentemente á los hechos más incontestables; hipótesis incertísimas, que no pueden dar razon de un sinnúmero de fenómenos, que el diluvio solo explica perfectamente.

Escuchemos antes de todo á Mr. Fontenelle en la *Historia de la Academia*, y lo que despues de él cita Mr. de Buffon: «Todas las plantas grabadas en las piedras de Saint-Chaumont son extranjeras; no solamente no se halla en el Leonés ni en lo demás de Francia, sino que es preciso buscarlas en las Indias Orientales y en los climas cálidos de la América; son por la mayor parte plantas capilares y frecuentemente helechos (1); su tejido duro y ajustado las hace muy á propósito para ser grabadas y conservarse en los moldes todo el tiempo necesario para ello. Algunas hojas de las plantas de las Indias impresas en las piedras de Alemania, han llenado de asombro á Mr. Leibnitz; aquí, pues, tenemos la misma maravilla soberbiamente multiplicada, y parece que la naturaleza ha mostrado una como ansia de hacerlo. En todas las piedras de Saint-Chaumont no se halla planta que sea del país.—Cónstanos por las conchas de las canteras y montes que este país, lo mismo que otros muchos, estuvo en otro tiempo cubierto de las aguas del mar. Mas ¿cómo vino acá el mar de América ó el de las Indias Orientales?—Para dar razon de muchos fenómenos, podemos suponer con bastante probabilidad que el mar cubrió todo el globo terrestre; *mas entonces no habia plantas de la tierra* (2), y solamente despues de este tiempo, y cuando ya estaba descubierta una parte del globo, pudieron ocurrir *las grandes inundaciones* que han trasportado las plantas de un país á otros muy distantes.»

Pero ¿qué inundacion pudo ser la que hizo

(1) Es una planta de que se conocen varias especies. Hay helecho macho y hembra: el fruto del primero son unos pequeños puntos ó granillos; el de la segunda, casi no se percibe, y lo lleva en las extremidades de sus hojas pequeñas.—P.

(2) Se equivoca aquí Mr. Fontenelle, pues que despues del pecado, el Señor echó á Adam del Paraíso del deleite para que labrase la tierra.—P.